

EN TORNO A LAS IDEAS DE AMÉRICO CASTRO

Han pasado ya más de dos años desde que murió Américo Castro. El recuerdo de la fecha de su muerte, el 25 de julio, día de Santiago, ofrece una nota irónica como punto de partida para unas reflexiones en torno a sus ideas sobre España. Parece que para muchos, quizás para la mayoría de sus críticos, Castro ha quedado como el «semitizante» por antonomasia de la historia y la cultura de su patria. Sin embargo, a propósito de lo que había escrito sobre el culto de Santiago en *España en su historia* — primera cosecha de sus ideas a cuya defensa, elaboración y también modificación dedicó los últimos veinte y cinco años de su vida — Castro se vió enjuiciado tanto por paganizante como por semitizante. Recuérdense los reparos que le hicieron, no sólo por ver funcionar el culto del Santo Apóstol como una respuesta estilo moro de los cristianos que luchaban contra enemigos infieles, sino también por destacar en el santiaguismo popular reminiscencias del culto dioscúrico de Cástor y Pólux. No resultaba menos curiosa esta última crítica de Castro cuando se le añadía la de dar por no existente o de no considerar importante en la formación de España lo que había pasado en la península ibérica bajo los romanos y los visigodos, antes de la invasión mahometana.

Aunque no interesa ahora reanudar ésta ni otras polémicas libradas antaño en torno a la obra de Castro — otro fin tendrán las palabras que siguen — quizás se debiera intentar por lo menos una observación aclaratoria sobre lo del culto de Santiago que sí tendrá que ver con lo que se va a tratar más adelante. El hecho es que Castro, al examinar el santiaguismo popular durante la época de la Reconquista, no se propuso reducirlo a una «substancia fundamental» — fuese dioscúrica o mahometana — ni a ambos factores como «elementos constituyentes» del culto de Santiago. Esto hubiera sido para don Américo la tarea poco interesante — y aun desagradable — de hacer disecciones sobre un cadáver. A él le interesaba más bien una España en vida, la que venía funcionando vitalmente desde siglos para trazarse una carrera valiosa e identificable como española, digna de considerarse como historia y de figurar al lado de las historias de otros pueblos. Si, al desempeñar su

tarea, llegaba a señalar detalles preexistentes o circunstancias coetáneas que condicionaron el desarrollo histórico de España, Castro no lo hacía con el fin de reducir, como solía decir, lo condicionado a sus condiciones, y mucho menos para igualar las dos. Don Américo sabía muy bien distinguir, si cabe expresarlo así, entre la flor y el suelo de cuyos elementos se alimenta. Esto era precisamente el objeto de todos sus esfuerzos: discernir qué vida española surgió del terreno de sus circunstancias y cómo a través de su historia España estaba manejando para sus propios propósitos — motor de la vida suya — una variedad de nuevas circunstancias sobrevenidas en el transcurso de los siglos. Así es que, en el caso del culto de Santiago, no era cuestión de buscar elementos paganos ni semíticos ni una mezcla de ambas cosas. Más bien se trataba de demostrar cómo, con posibilidades latentes en el Nuevo Testamento y reminiscencias de una pre-historia romana y visigoda, y bajo la presión de un invasor mahometano, los cristianos se forjaron un arma defensiva y ofensiva del calibre de la musulmana que les amenazaba en una guerra santa.

Con todo lo sobredicho, y a pesar de repetidas explicaciones al efecto de don Américo, siguen empeñándose hasta hoy en día distinguidos críticos suyos — y aun ciertos estudiosos que parecen más receptivos a sus ideas — en caracterizarle no sólo como semitizante sino como judaizante de la historia española. Un historiador, no de los más hostiles lectores de Castro, le describe como «especializado [sic] en detectar literatos de aquella procedencia [i.e. de conversos] y señalar los caracteres que, a su juicio, los distinguen¹». Otros, menos bien dispuestos a su obra, parecen verla fundada en el propósito de traspasar todo lo valioso de la existencia española a la cuenta semítica, y sobretudo a la de los judíos. No hace tantos años se caracterizó la obra de Castro como un continuo tejer y destejer de hipótesis «encaminadas a reclamar para el semitismo nuevas provincias de la cultura española²» y a su autor como «gozoso de contar un converso más entre los grandes escritores³». Y hace apenas un año, un antiguo contrincante de don Américo suministró una explicación de esa atribuida pasión por judaizar, declarando que comprendía y respetaba que Castro, hijo de dos judíos de Lucena [sic!] a quienes, nos dice, había conocido Federico de Onís «se dejara llevar por la pasión e hiciera conversos a quienes no lo fueran». Y luego concluye nuestro informante que «sólo la estirpe hebrea de Castro, movida por un consciente o

1. Antonio Domínguez Ortiz. *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, 1973, p. 450.

2. Eugenio Asensio, «La peculiaridad literaria de los conversos», *Anuario de Estudios Medievales*, IV (1967), p. 327.

3. *Ibid.*, p. 347.

inconsciente panjudaísmo, ha podido además hacer judío a Cervantes⁴.

Dejemos aparte la bastante dudosa atribución de padres judíos a Castro, así como la suposición de que sería más susceptible el escritor judío que el no-judío a una pasión panracista que le arrebatara a reclamar para los de la estirpe suya esferas valiosas de la cultura humana. Lo que sí interesa considerar — y a esto nos invitan las citadas caracterizaciones de la obra de Castro — es la cuestión de los verdaderos orígenes, o si se prefiere, de los verdaderos motivos que le llevaron a emprender una revisión de la historia y la cultura de España.

Implícita en las mencionadas caracterizaciones de lo escrito por Castro, está la idea de que sus estudios sobre España tienen su origen en un propósito preconcebido, llámese prejuicio o intuición o teoría *a priori*, respecto a una España diferenciada de otros países europeos por su fisonomía semítica. No es éste el único tipo de apriorismo que se ha imputado a Castro. En otras ocasiones, se ha sugerido que su visión de España resulta de su «filosofía existencialista». En una reseña de la primera versión en inglés de su gran estudio sobre España, se comienza con la declaración de que, fundamental para medir su contribución a la historia, es el pensamiento filosófico de Castro y se le identifica como secuaz de Dilthey, precursor del existencialismo, y de la escuela de Unamuno y Ortega en España⁵. La metodología de Castro se ha visto como confeccionada de ideas y teorías cosechadas desde Dilthey hasta Toynbee⁶. De éstas y otras observaciones parecidas, se sacaría la impresión de que consideraciones teóricas han tenido una importancia fundamental en el origen de la obra de don Américo. Pero la verdad es que ésta no nació de un interés en la historia como abstracción, o sea en la filosofía de la historia, sino de preocupaciones españolas que Castro había vivido como español. En efecto, si se sigue con alguna atención la serie de libros y artículos suyos aparecidos después de la publicación de *España en su historia* (1948), se nota que Castro acudía con una creciente frecuencia a la teoría de la historia mientras arreciaba la crítica contra su obra y se veía obligado a explicar y justificar sus procedimientos y sus conclusiones. También resulta que las ideas y teorías de que se servía Castro *a posteriori*, nunca parecían repetir exactamente las de los filósofos e historiadores que se dicen ser sus fuentes. Esto

4. Claudio Sánchez Albornoz, *El drama de la formación de España y los españoles*, Barcelona, 1973, p. 104-105.

5. V. La reseña por A. K. Ziegler de *The Structure of Spanish History* (trad. de E. L. King) en: *Speculum*, 1956, p. 146.

6. Eugenio Asensio, «Américo Castro historiador: Reflexiones sobre *La realidad histórica de España*», *Modern Language Notes*, LXXXI (1966), p. 602-607.

queda demostrado por un contradictor de don Américo que le acusa, simultánea y paradójicamente, de apropiarse ideas ajenas y de deformarlas⁷.

Si la obra de Castro no nació filosóficamente, engendrada en teorías de la historia, sí que fue la consecuencia de un largo plazo de gestación — durante los treinta años que precedieron a la publicación de *España en su historia* — en que don Américo estaba viviendo entrañablemente ciertos aspectos de problemas graves del vivir hispánico. Durante este período, no se trataba de una sencilla acumulación por Castro de datos españoles que le iban impresionando sino también del desarrollo de su conciencia de la importancia y el sentido que tenían esos datos. Fue un proceso que puede caracterizarse por la «inocencia» en que comenzó. Al principio encontramos a un Castro optimista, con plena confianza en las posibilidades que se ofrecían de resolver problemas que pesaban sobre España, sobre todo por el atraso intelectual en que se encontraba. Mientras veía irse malogrando las altas esperanzas que guardaba para el futuro de su patria, iba creciendo en don Américo una conciencia más profunda de lo difícil y lo complejo que era su España, así por lo que tocaba a la dificultad de juzgar de la naturaleza de sus problemas como respecto a las soluciones que se podrían buscar para resolverlos. Al fin, Castro llegó a entender que, antes que nada, hacía falta una prope-
dética que estableciera las vías por donde España tendría que buscar la posibilidad de una regeneración de su existencia. A este fin correspondería originalmente la obra que emprendió Américo Castro. *España en su historia* fue la primera expresión de su convicción de la necesidad española de una autognosis, de una revisión de toda la historia española, y de la cultura que España produjo, como condición para entender la naturaleza de los problemas que confrontaban a su patria así como para descubrir las posibilidades de resolverlos.

Para no quedarnos flotando en la atmósfera de aserciones generales y vagas, podemos intentar precisarlas refiriéndonos a artículos — por la mayor parte periodísticos — escritos por don Américo durante el período que queda indicado. Se ha facilitado la consulta de algunos de estos ensayos gracias a su publicación, siete meses antes de la muerte de Castro, en tres tomos en cuyo título don Américo confiesa haberlos escrito *De la España que aun no conocía* (México, 1972). Si rompemos el orden temático de su presentación para leerlos por orden cronológico de su composición, se nos ofrece la ocasión de recorrer con don Américo el camino que le llevó a su obra posterior. Desde luego, no se ofrece ahora el tiempo para detenemos en cada uno de los setenta y seis articulillos de la colec-

7. *Ibid.*

ción. Bastará por el momento señalar unos cuantos para fijar algunos puntos significativos de la trayectoria que nos interesa.

En el más antiguo de ellos, escrito en 1918 a petición de un amigo italiano y publicado el próximo año para los lectores de *La Rassegna* de Nápoles (XXVII, núm. 4), Castro se encargó de informar sobre el estado de la investigación científica en España⁸. Aunque consciente del atraso de su país en este dominio, sin embargo son la confianza y el optimismo las notas que predominan al describir don Américo los esfuerzos españoles de ponerse a la altura del desarrollo intelectual de otros países europeos. Así, después de confesar que siempre le había detenido de escribir sobre este asunto el recuerdo de las graves palabras de Giner de los Ríos — «estamos en deuda con el mundo; necesitaríamos devolver a otras naciones siquiera la centésima parte de lo que recibimos de ellas»⁹ — Castro se lanzó con cierto brío a la descripción de lo que estaba pasando en España. Primero señaló como el paso más importante que preparó el nuevo movimiento intelectual español el establecimiento en 1876 de la *Institución libre de enseñanza*. Luego se detuvo don Américo a detallar las actividades de la fundación más reciente (1907) de la *Junta para la ampliación de estudios*, obra del ministro liberal Amalio Gimeno. Además de servir como una ventana que se abría al mundo científico, enviando estudiantes y profesores al extranjero para proseguir sus estudios y traer a España especialistas extranjeros para comunicar sus métodos, la *Junta* agrupaba, según el informe de Castro, figuras españolas que ya se destacaban en las ciencias y los estudios humanísticos. En las ciencias contaba con el histólogo Premio Nobel, Santiago Ramón y Cajal; el biólogo especializado en el sistema nervioso, Nicolás Achúcarro; el entomólogo Ignacio Bolívar; el físico Blas Cabrera. Ellos encabezaban un elenco impresionante de figuras que trabajaban en las otras ciencias — sobre todo en la geología, la química y las matemáticas. En los estudios de la lengua, la historia y la literatura, Castro destacó primero a la figura dominante de Ramón Menéndez Pidal, y luego a los arabistas Miguel Asín y Julián Ribera, al hebraísta Mariano Gaspar y a los críticos literarios Francisco Rodríguez Marín y Emilio Cotarelo. Ortega y Gasset, aunque todavía al principio de su carrera como escritor, mereció una atención especial, no sólo como crítico literario y filósofo sino también por ser «uno de los espíritus más finos de la época actual, cuyos ensayos, en un estilo consciente de ser innovador, se caracterizan sobre todo por una amplitud y

8. «El movimiento científico en la España actual [1918]» en: *De la España que aun no conocía*. México, 1972, t. II, p. 93 sq.

9. *Ibid.*, p. 95.

un brío de pensamiento no usados antes en España en lo que afecta a las cuestiones literarias¹⁰». Respecto a los estudios históricos, quizás encontremos ya una ligera anticipación de subsiguientes preocupaciones suyas, al notar Castro que «la historia de nuestra civilización no ha logrado aún, en general, gran esplendor científico¹¹». Sin embargo, pudo señalar a historiadores que en aquel momento parecían estar preparando un desarrollo en este sentido, entre ellos, Eduardo de Hinojosa, Rafael Altamira y el P. Luciano Serraño. En fin, sin seguirle en la enumeración de muchos otros que se distinguían en la historia del arte, en la historia de la música, en la arqueología, la arquitectura, el derecho civil, la sociología y la economía, lo que más nos interesa aquí es recordar la conclusión que Castro sacó en ese noviembre de 1918 de todo este fermento científico de que era testigo:

...comenzamos a sentirnos profundamente optimistas... es muy verosímil que cuando logremos incorporar la fuerza y los nuevos propósitos a la organización pública, la cultura nacional adquiriera una tonalidad análoga a la de cualquier otro país normalmente civilizado. Los deseos inteligentes se logran siempre; y justo es reconocer que España comienza a sentir y a pensar con renovado vigor¹².

Puede asombrar esta confianza ilimitada de don Américo en el triunfo inevitable de la inteligencia, ya que sabemos cuánto se había de complicar su visión de España unos treinta años más tarde. Aunque por momentos se podía vislumbrar, aun en este artículo, algo de las dificultades más graves que iban a preocuparle en el porvenir, todavía no estaba para detenerse a considerar el origen histórico de problemas que en aquel entonces parecían estar a víspera de resolverse. Así, por ejemplo, en el optimismo del momento, Castro llamó la atención a la extraordinaria colaboración que existía en la *Junta*:

Dado el carácter de nuestras costumbres y de nuestra tradición, algo refractarias a la tolerancia, no es ocioso notar que la «Junta» ha cumplido la misión de reunir a personas y entidades prescindiendo en absoluto de prejuicios religiosos o políticos: los librepensadores trabajan junto a los sacerdotes sin que ello cree dificultades de ninguna índole. De esta suerte se realiza en cierto modo el ideal de su inspirador, respetuoso con todas las confesiones y todas las escuelas¹³.

Y así lo dejó entonces don Américo, sin delatar ninguna necesidad de preguntarse por qué o cómo llegó a ser extraordinaria tal cola-

10. *Ibid.*, p. 113.

11. *Ibid.*, p. 115.

12. *Ibid.*, p. 122.

13. *Ibid.*, p. 102.

boración en España. Ni esto ni la ausencia de cátedras de lenguas modernas en las universidades — que Castro tachó de «defecto, realmente lamentable, de nuestra vida cultural¹⁴» — ni el hecho de sí alcanzar mayor importancia los estudios arábigos — «el estudio del árabe ha constituido siempre una rama de la cultura nacional, pero en la época presente llega a una altura considerable merced a la escuela de orientalistas, cuyo fundador fue Francisco Codera Zaydín (1836-1917)¹⁵» — ninguna de estas observaciones le planteó entonces las preguntas que habían de preocuparle en 1948. Desde luego, tampoco buscaba don Américo en aquel momento explicaciones de por qué España había tardado hasta entonces en iniciar un desarrollo tan prometedor en el dominio de la investigación científica. Aun cuando notaba la desigualdad que caracterizaba el conjunto de los esfuerzos españoles — «hay ramas científicas absolutamente muertas, y en cambio otras (principalmente la de Ramón y Cajal y su escuela) que alcanzan el mismo desarrollo que en las naciones más progresivas» — se contentaba Castro con ver como causa principal de tal desequilibrio «la pobreza de los medios consagrados a la cultura y la ausencia de todo plan en la mayoría de los que dirigen la instrucción pública, políticos sin el menor respeto hacia la ciencia¹⁶». También pudo añadir que le parecía claro que semejantes defectos «no han nacido solos, sino que son producto de una funesta tradición¹⁷» sin detenerse a considerar el origen de esa tradición ni reflexionar, como sí lo haría en *España en su historia*, sobre el sentido de calificar como «funesta» la tradición española.

Cinco años después de publicar su artículo sobre las ciencias en España, Castro dió indicios de un mayor interés en los orígenes de estos problemas. La ocasión fue su reseña, para *El Sol* de Madrid (del 26 de enero, 1923), de la recién publicada Biblia de Rabí Mosé Arragel de Guadalajara, obra que se había quedado inédita durante casi cinco siglos¹⁸. Se recordará la esforzada resistencia del Rabí antes de aceptar la tarea bastante cosquillosa que le encargó su señor cristiano. El Gran Maestre de Calatrava, D. Luis de Guzmán,

14. *Ibid.*, p. 108.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*, p. 121-122.

17. *Ibid.*, p. 122.

18. «La biblia de la casa de Alba», *op. cit.*, III, p. 217 sq. Terminada la obra en 1433, el códice pasó en 1624 a la posesión del Conde-Duque de Olivares y luego a la Casa de Alba, al casarse doña Catalina de Haro y Guzmán Enríquez con el décimo Duque de Alba, D. Francisco Álvarez de Toledo. (V. p. 8 de la *Introducción a La Biblia de la Casa de Alba*, cuya publicación en dos lujosos tomos [1920 y 1922] fue patrocinado por el Duque de Berwick y de Alba y realizada por D. Antonio Paz y Méla y su hijo D. Julián Paz y Espeso.)

le mandó traducir al castellano el hebreo del Antiguo Testamento y de juntar a la traducción una glosa minuciosa del texto. Castro, a quien ya vimos celebrar el espíritu tolerante que reinaba en la *Junta para la ampliación de estudios*, cogió aquí la ocasión de ensalzar la obra que estaba reseñando como «fruto de la colaboración de un gran señor, un judío y dos clérigos [i. e. parientes del Gran Maestre que habían orientado a Arragel respecto a la forma que debía tener la obra]¹⁹». En efecto, continuó don Américo, fue esto lo que caracterizó a la España medieval «época en que varias civilizaciones aspiraban a formar un tipo especial de cultura, en que elementos opuestos se afanaban por encontrar resquicios donde ajustarse²⁰». Y luego encontramos a Castro expresando por vez primera lo que sentía respecto a la pérdida en el lejano pasado de una posibilidad que hubiera cambiado el rumbo de la historia española: «Por ese camino [i. e. de la tolerancia] hubiésemos entrado en la época moderna con un gran espíritu, incompatible con aquella mentalidad de tribu que acabó haciendo de España, culturalmente, una vasta aldea, aun antes de finalizar el siglo XVII²¹». Por un lado le encantaba a don Américo el espíritu independiente con que el Rabí Arragel comentaba el texto bíblico. Y por otro lado le asombraba la tolerancia de tal independencia por parte del señor cristiano que no pareció incomodarse con un súbdito que escribiera: «En muchos lugares de esta obra será dicho: 'el hijo de Dios, verdadero rey Mesías, verná a librar Israhel de sus males e tribulaciones'. Los cristianos toman estas formales palabras por Jhesu Cristo, e los judíos lo toman por el Mesías que hoy día atienden. En los tales passos se debe cada uno abrazar con los artículos de la su fe²²». No menos le llamó a Castro la atención el que don Luis de Guzmán hubiera tolerado los intentos de Arragel de explicar racionalmente pasajes de la Biblia que estaban en aparente contradicción con la experiencia cotidiana. Así el rabino pudo permitirse glosar lo de «polvo comerás», castigo que Dios dio a la serpiente, escribiendo: «Más de polvo de la serpiente come, lo cual a nos bien visto es: pero lo que decir quiere es que cualquier cosa que comiese, que a polvo le supiese²³». En tales notas personales de las glosas de Arragel, declaró Castro, «se refleja ese espíritu de independiente curiosidad, germen de la sensibilidad renacentista, que desarrollado no habría traído a su tiempo otros modos de tratar los problemas religiosos²⁴».

19. *Op. cit.*, III, p. 220.

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*, p. 223.

24. *Ibid.*, p. 222.

Con esto, Castro comenzó a denunciar el gran error que, según él, fue la expulsión de los judíos en 1492. A este efecto, recordó lo que contó Gonzalo de Illescas en su *Historia Pontifical* (1606) del Gran Turco Bayaceto que solía decir: «Yo no sé cómo los reyes de España son tan sabios, pues tenían tales esclavos como estos judíos, y los echaron de ella²⁵.» Pero Castro discrepó de esta opinión en un punto: la expulsión no fue obra de los Reyes Católicos, dijo, pues tardaron diez años en ponerla en ejecución, sino del «pueblo, el dichoso popularismo, la vulgaridad, instaurada arriba y abajo, quien prepotente, arrojó a los que eran, según Arragel, 'corono e diadema de toda la hebrea trasmigración en fijosdalgo, riqueza, ciencia e libertad'²⁶». (Cabe notar que Castro hubo de modificar más tarde esta opinión suya al darse cuenta de que no sólo el pueblo sino también ciertos elementos conversos figuraron entre los promotores de la expulsión.)

Cuatro años más tarde, en un artículo titulado «Judíos», que apareció en el primer número de *La Gaceta Literaria* (Madrid), don Américo estaba siguiendo, y ampliando, sus pensamientos en esta vena²⁷. Dirigiéndose a un posible lector sefardí en Rodas, Esmirna, Tetuán o Sarayevo, Castro señaló lo original de los sefardíes. Después de un destierro multisecular, habían mantenido la lengua y las tradiciones con que salieron de España, a diferencia de los moriscos que, expulsados en 1609, «la substancia española debió marchárseles a la segunda generación²⁸». Y después de denunciar otra vez la expulsión de los judíos como «ingrato triunfo de la plebe», Castro concluyó en un tono casi nostálgico:

Nos falta algo, en verdad, desde que se marcharon los judíos; algo que no hemos sustituido por nada equivalente... No sólo nos faltó el dinero; por esa razón crematística quiso revocar el conde-duque de Olivares el edicto de expulsión al observar que España y él estaban con el agua al cuello... Con los judíos se fue el espíritu internacionalista, de cultura amplia y sutil²⁹.

Hace falta observar que aun aquí Castro no había penetrado tan profundamente, como lo iba a hacer más adelante, en su búsqueda de los orígenes del así llamado atraso cultural de su patria. En realidad, todavía estaba enfocando el problema con ojos de un liberal que no miraba más allá de la intolerancia como causa fundamental del problema. Con el tiempo, don Américo iba a

25. *Ibid.*, p. 223.

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*, I, p. 207 sq.

28. *Ibid.*, p. 208.

29. *Ibid.*, p. 209.

darse cuenta de que la cuestión judía era a la vez síntoma y causa continuadora de un problema más profundamente arraigado en la existencia de España. Algo de esto comenzó a impresionarle durante los años de la República, mientras se hacía evidente la insuficiencia de cambios políticos, por bien intencionados que fuesen y a pesar de las esperanzas halagadoras que hubiesen ocasionado, para efectuar ellos solos una nueva orientación en el desarrollo de España.

Poco menos de un año antes del establecimiento de la República, en un artículo titulado *Sobre la Liga Laica* que escribió para *El Sol* del 31 de mayo de 1930³⁰, Castro arremetió con el problema de la religión en España, dirigiéndose, hay que subrayarlo, no contra el catolicismo sino contra la manera de haberse vivido el catolicismo en España. La ocasión fue la salida de don Américo a la defensa de la *Liga Laica*, así como de su propia persona, contra los ataques de *El Debate*³¹ órgano que *El Sol* calificó como «de la política católica (que no del catolicismo cristiano)³²». Castro comenzó notando que no era muy afortunado el nombre de la *Liga Laica* «porque 'laico' tiene para el vulgo un sentido peyorativo, de negación de las creencias dominantes en este país, de cosa agresiva». El hubiera preferido la denominación «Sociedad para defender la libertad de conciencia», y como tal la defendía. Al hacerlo, denunció el ambiente español en que «las pocas gentes que no son católicas temen hacerlo público; muchos entre ellos mandan a educar sus hijos como monjas y frailes por temor a la murmuración³³». A «las cabezas adocenadas» quería Castro recordarles «que una persona decente no deja de serlo por no pertenecer a la religión tradicional, y que tiene tanto derecho a ser respetada en su disconformidad como lo tiene el prelado a calarse la mitra. Es una miseria moral», continuó Castro, «que en 1930 se hable en voz baja de que un niño no está bautizado, o de que Fulano tiene 'ciertas ideas'; o que se intente perseguir — sobre todo en los lugares pequeños — al que es protestante o judío, o al que es discretamente agnóstico, sencillamente porque así le parece bien, y porque sobre tal variedad se ha constituido la civilización en el Occidente europeo». Era lo normal en todo el orbe civilizado, declaró don Américo, la convivencia de gentes de diferentes religiones, o sin ninguna creencia ultra natural. Mientras

30. *Ibid.*, II, p. 59 sq.

31. A Castro, le acusaron de haber ido a una Universidad alemana «a predicar el amor libre — abominación de abominaciones». Don Américo devolvió el golpe al clérigo español que «más provisto de mala intención que de lengua alemana» le oyó decir «que Cervantes era partidario de la *Liebesfreiheit* (libertad de amar), es decir, de que la mujer elija libremente el objeto de sus amores y no la casen a la fuerza; y su mente oscura y venenosa se encargó de forjar una fábula». *Ibid.*, p. 59.

32. *Ibid.*, p. 65.

33. *Ibid.*, p. 60.

lores judíos asisten a la Corte inglesa y en Roma siempre habían vivido judíos a la sombra de la Santa Sede, concluyó Castro, «España es el único país de Europa donde la aspereza y la rusticidad hicieron imposible — en la época moderna — convivir con los hijos de Israel³⁴».

El próximo año, ya bajo la República, Castro amplió su consideración de la religión en España, relacionándola con la cuestión del atraso cultural del país. En un artículo que salió en *Crisol* (Madrid, 30 de octubre, 1931) con el título «¿Religión³⁵?», denunció el hecho, para él monstruoso, de que en una España de más de ochenta mil frailes y monjas y cerca de cinco mil conventos «no habría modo de escribir unos volúmenes sobre la evolución de su sentimiento religioso, según ha hecho Brémond en esa Francia llamada atea. Desde el siglo XVIII hasta hoy, el pensar y el sentir católicos en la Península han asumido formas tan modestas y precarias, que Europa puede decirse que las ignora... ninguna de las ideas que forman el catolicismo internacional deben un camino a esa infinita grey de curas y frailes... Para encontrar libros católicos no pueriles y no debidos a la tijera, hay que ir al Instituto Católico de París o a la Alemania del sur, nunca a un país de lengua española, por cuya incultura religiosa siente el catolicismo extranjero un mal velado desdén³⁶».

Hace falta notar que al llegar a este punto en la reimpresión de las sobredichas palabras, Castro no pudo menos de insertar una nota al pie de la página para explicar que, precisamente por éste y otros artículos parecidos, los había recogido todos bajo el título *De la España que aun no conocía*. Aquí, al recordar la severidad con que había escrito contra la religión en España, tuvo que confesar que «Nadie había reflexionado (yo tampoco, naturalmente) acerca de la razón de ser como era la vida española³⁷». Así es que, al procurar explicar por aquel entonces la situación que describía, sólo se limitó a conjeturar que «Quizá la razón de esta anomalía se debe buscar en la poca o *ninguna contradicción* que en España encontraba la religión católica³⁸». En aquel momento, Castro lo veía todo como consecuencia de una teocracia que, según él, «venía marchitando y pulverizando la vida nacional desde fines del siglo XVII.» «El buen hombre que deambula por la calle de Alcalá», declaró entonces Castro, «suele olvidarse de que el asfalto, la medicina, el tranvía, el bicarbonato y casi todo lo que hay en las vidrieras de las tiendas

34. *Ibid.*, p. 61.

35. *Ibid.*, p. 81 sq.

36. *Ibid.*, p. 81-82.

37. *Ibid.*, p. 82, n. 1.

38. *Ibid.*, p. 82.

se debe a ideas y sugerencias no nacidas en España. Y la clave de ello [i. e. de no darse al desempeño de las tareas de esta vida] reside en esa circunstancia fantástica de que nuestro pueblo se dio como régimen la teocracia³⁹.» Luego continuó don Américo notando que habían pasado los años gloriosos en que la religión significó indudablemente una forma exquisita de humanidad, que en el siglo XVI se desplegó en grandiosas perspectivas: arte, letras, moral, metafísica de Suárez. Todo esto llegó al fracaso en el siglo XVII mientras España se regía sin traba alguna por la Iglesia y la Inquisición, hasta que «En tiempo de Carlos II se pensó confiar a los Cabildos catedrales la Marina y la Hacienda. Ningún país europeo, insistió Castro, «ha conocido régimen tan asombroso, lo que explica, sin más, toda la literatura negra sobre España⁴⁰. Y, por fin, terminó con «No está ya en vigor la sentencia que unos insensatos grabaron, en el siglo XVIII, sobre los muros del Ayuntamiento de Vergara: 'O qué mucho lo de allá, o qué poco lo de acá.' Lo de acá es la física, la técnica, el pensar riguroso y original, la vida gentil y encantadora, que los españoles habrán de reconquistar a redropelo, rehaciendo su Historia⁴¹.»

Con esto, ya estaba don Américo a umbrales de lo que iba a ser su obra ulterior, a condición de hacer todavía ciertas modificaciones en su visión de España. Por ejemplo: en el artículo que acabamos de citar, Castro, como tantos otros de su generación, también sufría de una especie de diplopía cultural, que le hacía creer percibir dos Españas. «Dos Españas: sí, ¿por qué no?» preguntó entonces don Américo. Había la que él creía ver salir a flote entonces «a la devoción de ideas y de afanes condenados hasta ahora a permanecer en vergonzante tolerancia» y la que vivía sometida dentro de los límites impuestos por una religiosidad que quería sacrificar «lo poco de acá» por «lo mucho de allá». Esa idea de las dos Españas le llevó a insistir que «los escasos valores indiscutibles de la cultura hispana nada tienen que hacer con la Iglesia o con las Ordenes religiosas⁴². Desde luego, aquí tampoco pudo Castro reprimir una confesión puesta entre corchetes en la reimpresión del artículo: «No me expresaría así hoy. Lo positivo y lo negativo en la vida española fueron resultado de las varias posiciones formadas por una misma entidad colectiva. El arte de Goya no existiría sin la España de Carlos IV. Las nociones de anverso y reverso son solidarias una de otra⁴³.»

39. *Ibid.*, p. 83.

40. *Ibid.*, p. 83-84.

41. *Ibid.*, p. 87.

42. *Ibid.*, p. 84-85.

43. *Ibid.*, p. 84, n. 1.

Seguramente el paso decisivo hacia esta percepción ya más compleja de España fue preparado en lo que vivió Américo Castro durante los años de República, y sobre todo en el triste desenlace de ella. En un par de artículos escritos en 1935, último año de la República, denunció el naufragio que presenciaba de las altas esperanzas que había expresado en ese artículo de 1918 sobre el desarrollo intelectual de España. En uno de ellos, que apareció el 30 de junio en *El Sol* con título de «Los dinamiteros de la cultura⁴⁴», clamó contra la aparente recrudescencia del mal endémico de España. Estaban en peligro las Misiones Pedagógicas; el rebajo del presupuesto de ellas de 50% (de 800,000 a 400,000 pesetas) parecía agorar su total supresión para el año próximo. Ya se había suprimido la *Barraca* «gracias a la cual ha revivido el teatro de Cervantes, que los seudotradicionalistas fueron incapaces de incorporar a la sensibilidad de nuestro pueblo... Por lo visto», añadió don Américo, «llevar a campos y aldeas cultura, arte e ideas españolas es un pecado mortal⁴⁵». Lanzó fulminaciones parecidas el 11 de octubre del mismo año en un editorial titulado «La cultura, en declive⁴⁶» por la supresión del Consejo Nacional de Cultura, por rumores de que iba a sufrir lo mismo la Universidad Internacional de Santander y por el anuncio de un presupuesto mermado para el Museo del Prado. Castro disparó contra los gobernantes la acusación no sólo de haber paralizado los adelantos realizados durante los treinta años precedentes sino también de «extinguir por asfixia presupuestaria todo ensayo de adecentamiento científico, con el intento incluso de dañar los centros más delicados de la sensibilidad colectiva⁴⁷».

Aunque lo denunciado por Castro fue obra de las derechas, él parecía vislumbrar ya que de algo más que de la política se trataba. O, mejor dicho, se trataba no de la política que meneaba un partido u otro sino de la manera de hacerse vida política en España: «Todo se hace saltar con la dinamita del rencor y de la incapacidad; *prefieren que España se acabe a que la salven 'ellos'*⁴⁸». Y denunció a esos rencorosos «dinamiteros» que obraban bajo la República como más perjudiciales para el desarrollo cultural de España que sus precursores bajo la monarquía: «Hay que escribir con toda firmeza — justamente porque siempre fuimos izquierda, antiborbónicos y amigos del pueblo... que más debe la cultura de la nación (que no es un adornito, sino la única manera de existir

44. *Ibid.*, p. 179 sq.

45. *Ibid.*, p. 181.

46. *Ibid.*, p. 191 sq.

47. *Ibid.*, p. 191.

48. *Ibid.*, p. 181. El subrayado es de Castro.

colectivamente y de defensa nacional)... a Romanones, Santiago Alba y Gimeno, ex ministros de la izquierda monárquica, que crearon y sostuvieron la Junta para Ampliación de Estudios y sus hijuelas, gracias a lo cual España dejó de ser un corral en materia de cultura superior... que a quienes, agazapados bajo la destefñida bandera de la República, se han puesto como misión no hacer nada útil ni fino, sino arrasar bellacamente todo intento de hacer salir a la patria de una ineficacia y sopor ya seculares⁴⁹»

Si a estas experiencias de esperanzas malogradas de la «europeización» de España, añadimos las que tuvo Castro de las violencias que se desataron ya en el último año de la República — hay que ver lo que escribió en noviembre de 1935 sobre el castigo de los sublevados en Asturias en un par de artículos titulados «Ley y Realidad⁵⁰» y «No más expedientes Picasso⁵¹» — y luego en la guerra civil, ya tenemos a un Castro preparado para formular las preguntas a que trataría de contestar en la obra de los últimos veinte y cinco años de su vida. Ya no sería sencillamente el problema de la condición intelectual de su patria que iba a ocuparle, sino más bien la condición subyacente que había impedido el desarrollo de España en este sentido: la endémica dificultad de los españoles de mantenerse en una convivencia. Esto es, precisamente, lo que indicó don Américo en la Introducción a *De la España que aun no conocía*, confesando que, antes, cuando se hablaba de «europeizar» a España, nadie se daba cuenta cabal de lo que se pedía. En palabras suyas: «Las turbias aguas [de la situación española] mostraban su superficie, no la fuente ni la hondura de su cauce.» Y cuando aquellas aguas «se tornaron sangre y dolor inconmensurables, los odios ciegos y pertinaces impidieron razonar lo acontecido», quedando sin afrontarla la cuestión en verdad máxima de «cómo y por qué llegó a hacerse tan dura y tan áspera la convivencia entre españoles, cuál es el motivo de haberse hecho endémica entre nosotros la necesidad de arrojar del país, o de exterminar, a quienes disientían de lo creído y querido por los más poderosos⁵²». Había también que intentar explicar lo particular de las violencias que brotaron de las discordias españolas a lo largo de su historia. Otros países habían conocido guerras intestinas y muy sangrientas revoluciones, tanto por motivos religiosos como políticos. Pero ellos supieron crear «estructuras o arreglos estabizados y firmes, para los cuales la violencia aparece como un medio apuntado hacia un fin... La revolución luterana y calvinista

49. *Ibid.*

50. *Ibid.*, p. 151 sq.

51. *Ibid.*, p. 157 sq.

52. *Ibid.*, I, p. 11.

desembocó a la postre en la libertad religiosa y en la secularización del Estado; la francesa, en un auténtico régimen constitucional aún hoy vigente en Francia y en otros países europeos». España, en cambio, parecía presentar el caso de un pueblo en que no se hacía visible la conexión entre la violencia desatada y el logro de algún modo de vida colectivo estable y beneficioso que se mantuviera más tarde sin coacción⁵³.

En fin, fue con preguntas y preocupaciones de esta índole — y no por motivos que le han imputado sus críticos — nacidas de una larga y triste experiencia de la vida problemática española, que don Américo emprendió una revisión de la historia y la cultura de su patria — a la vez amplia y radical — que se estructuró de una manera monumental en su *España en su historia*.

A. A. SICROFF
Queens College New York

53. *Ibid.*, p. 12.

COMUNICACIONES
